

La Ciudad Mefítica

ENTRE los hedores y el humo, entre los gases y el hollín que predominan en la capital de la República, puede asegurarse que esta urbe nuestra, tan modernizada y tan dinámica, tan llena de baches y de ruidos, es, a no dudarlo, una de las más inhospitalarias de América, y de las que más conspira contra el confort y la agradabilidad de sus pobladores.

En primer término hay zonas—muchas de ellas céntricas y muy transitadas—donde los hedores son permanentes. En la prolongación de la Avenida del Puerto, cuando se aproxima el viandante a los muelles, precisamente en un festón de costa donde han sido instalados diversos restaurantes, la brisa trae del mar un tufo nauseabundo que aleja, y con motivos sobrados, a los turistas que allí acuden para comer al aire libre. Si se trata de alcantarillas que exhalan su relente pestífero o de aguas del propio mar contaminadas por quien sabe qué afluencia corrompida, es cosa que corresponde investigar y remediar al Ministerio de Salubridad. Nosotros señalamos el hecho de muy fácil comprobación en ciertas horas del día y de la noche.

Algo semejante ocurre en el propio Paseo del Malecón, uno de los más bellos del mundo. En el área comprendida entre las calles de Aguila y Bernal—bastante extensa—es insoporable la pestilencia. Las aguas de albañal, según parece, desembocan en esa zona, y la propia resaca las devuelve a los arrecifes del litoral inundando el aire de hedores. Los vecinos, desde luego, por una ley de adaptación, apenas si perciben una corrupción que es permanente, pero los que por allí transitan o se detienen no se explican cómo no se le halla una solución al problema. Los hedores, además, menudean en otras partes de la urbe. Los hay cerca de Tallapiedra, los hay en Luyanó, los hay en las inmediaciones de los mataderos y de las tenerías, donde, según parece, Salubridad no ha conseguido que se cumplan aquellas regulaciones pertinentes que preservan la pituitaria pública libre de agresiones malolientes. Si a esto se añade el sistema anacrónico de recogida de basuras y la exhibición prolongada, en horas de actividad intensa, de los latones en las puertas de cada casa, se comprenderá por qué La Habana, a despecho de otros progresos que la realzan, es, en ese orden, una ciudad mefítica.

Pasemos de los hedores innecesarios al humo, al tizne, al hollín que la ennegrece más y más cada día. La Habana está repleta de chimeneas que pertenecen a toda clase de industrias y talleres. Esas chimeneas, por la ley, deben estar provistas de filtros, de cernidores, para impedir que el humo arrastre partículas de suciedad que invaden todos los hogares. Las amas de familia saben que no hay manera de preservar los muebles de la capa de hollín que incesantemente cae sobre ellos. Todo parece indicar que los filtros o no existen o, si existen, se han tornado inservibles. La capital de la República queda así expuesta a la llovizna crónica de un tizne que, a más de un atentado a la higiene, es, también, una amenaza para la salud de la población.

Esa amenaza, sin embargo, no es comparable a aquella otra que sufre el habanero, sin que las autoridades, ni sanitarias ni de otra índole, se ocupen de hacer cumplir la ley en cosa tan simple como la regulación de los transportes públicos, para que éstos funcionen de acuerdo con las normas más elementales de la seguridad y de la comodidad públicas. Una gran parte de los ómnibus que circulan por nuestra capital expelen, por el tubo de escape, una humareda densa que produce un irritante escozor en quien lo aspira. La ciencia médica,

como bien se sabe, sostiene, hasta ahora, la presunción de que ciertos productos derivados de la hulla, la nafta o el petróleo, al ser quemados, determinan una irritación que tiende a ser cancerígena. Hasta qué punto esa teoría sea o no correcta no es cosa que se haya esclarecido del todo; pero lo que sí no permite duda alguna es que los tales gases—produzcan o no el cáncer—son molestos al par que dañinos y que en ninguna ciudad del mundo donde la autoridad oficial cuida de preservar y garantizar los intereses del pueblo, se tolera que los ómnibus circulen libremente, exhalando por el tubo de escape un chorro negro y pestilente, que ha de aspirar el transeúnte.

Se expuso hace algunos años como pretexto para esa anomalía inexcusable que las dificultades originadas por la guerra no permitían adquirir los equipos modernos movidos por petróleo. Pero es el caso que se adquirieron nuevos ómnibus y precisamente estos flamantes transportes tienen el tubo de escape lateral; y el humo mefítico lo expiden precisamente contra las aceras, inundando al viandante que por ellas circula. No hay razón ni excusa para que ahora sigan los ómnibus de transporte urbano que consumen petróleo, volcando sobre la ciudad su relente mortífero.

Pittsburgh fué en otros tiempos una ciudad que, por sus grandes empresas metalúrgicas, sus altos hornos y sus fábricas de implementos agrícolas, estaba erizada de chimeneas. Se le denominó la “Ciudad del humo”. Los hoteles, las residencias y aun aquellas viviendas más alejadas del medio urbano, padecían el azote de ese tizne aéreo que se introducía por las ventanas, cubriendo los muebles, las paredes y aun el rostro de las personas de una pátina oscura. De hecho, la luz del sol siempre aparecía velada, cernida por el cendal brumoso del humo que ascendía compacto de los millares de chimeneas. Ese problema está resuelto. Las fábricas de Pittsburgh ya no expelen la cortina de humo que ennegrecía el cielo, la luz del sol no está velada por el tizne flotante y ya la urbe de las chimeneas dejó de ser la más sucia y oscura del mundo.

Es cuestión de estudio, de organización y de medidas cuyo cumplimiento sea insoslayable. En Cuba, inclusive, hay regulaciones bastantes previsoras, que prevén la existencia de muchos de los males que nos azotan. Lo que ocurre es que no se cumplen. Hay una suerte de indulgencia, de tolerancia más bien para consentir esos desafueros, con lo que se sitúa, de hecho, el interés o el beneficio de unos pocos, por encima del interés social.

El Ministerio de Salubridad tiene el deber—un deber inmediato—de atender a estas ilicitudes dañinas, que están afectando a la salud pública. Hay que suprimir, de modo radical, los vehículos que circulen movidos por petróleo, siempre que su equipo mecánico no esté adaptado de modo que suprima la exhalación de gases molestos y dañinos. Ahora no hay las restricciones de tiempos de guerra y ahora, por añadidura, de acuerdo con la política de ingerencismo estatal que sitúa al Gobierno en el plano de administrar por sí mismo las empresas de servicio público, tiene éste en sus manos la oportunidad de suprimir o reformar los vehículos que andan por la vía pública exhalando veneno. Y con sólo cumplir las estipulaciones en vigencia, las chimeneas de industrias, de fábricas, tintorerías y otras que ahora inundan La Habana de tizne, pueden ser provistas de los filtros necesarios para que el mal termine y la capital de la República se vea libre de la plaga de mugre y de hedores que la torna una ciudad mefítica.